



«No temas, pequeño rebaño»

Lc 12,32

CARTA PASTORAL ANTE EL CURSO 2023-2024

✠ Luis Ángel de las Heras, CMF

Obispo de León



✠ Luis Ángel de las Heras, CMF,
Obispo de León

**«No temas,
pequeño rebaño»**
(Lc 12,32)

CARTA PASTORAL
ANTE EL CURSO 2023-2024

<i>Introducción</i>	3
1. <i>Iglesia Sinodal</i>	7
2. «Pequeño rebaño» de comunión fraterna	13
3. «Pequeño rebaño» de evangelización misionera	17
4. «Pequeño rebaño» de misión samaritana.....	23
5. «Pequeño rebaño» heredero del Reino.	26

**A los clérigos, los consagrados, los fieles laicos
y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad
que peregrinan en la diócesis de León.**

Queridos hermanos y amigos:

Hace unos meses, escuchando reiteradamente en parroquias, comunidades y grupos la experiencia de “minoridad”, vinieron a mi mente, a mi corazón y a mi oración —por la grey que me ha sido confiada— las palabras que dirige Jesús a sus discípulos, llenas de afecto y cariño, tal y como las ha recogido el evangelista Lucas: “No temas, pequeño rebaño” (Lc 12,32). Me parece que necesitamos escucharlas juntos hoy de boca del Señor y que nos pueden ayudar a avanzar en nuestra diócesis por el camino sinodal con alegría, esperanza y actitud de continua conversión.

Efectivamente, recordamos que “Es la hora de todos”, involucrados como estamos en un proceso sinodal que nos abre a nuevos planteamientos y traza un modo de ser y obrar eclesial de mayor comunión, participación y misión recordando la importancia de nuestro bautismo. Igualmente, percibimos la necesidad y la riqueza de poner de relieve la esperanza cristiana, descubriendo los motivos que tenemos para vivir “Junto a los ríos de la alegría”. En esta “hora de todos”, “esperanzados y alegres”, escuchamos a Jesucristo que nos invita a tener coraje cuando experimentemos que somos “pequeño rebaño”.

Aunque el término “rebaño” tenga alguna connotación peyorativa en nuestra sociedad, ello no desdibuja la fuerza evangélica de la ternura con que mira Jesús a sus discípulos, revelando así su grandeza incomparable de buen pastor dispuesto siempre a estar cerca y dar la vida por aquellos a quienes ya no llama siervos, sino amigos (cf. Jn 15,15).

Jesús mira con ternura a su grupito de seguidores. Bien podían decir ellos “somos pocos”, igual que decimos nosotros en muchos lugares de nuestra diócesis “somos pocos —o somos menos— y mayores”. Quizá tuvieran la tentación perenne de querer ser multitud y de apetecer grandezas terrenales. Pero los más cercanos sabían que muchos seguían a Jesús buscando una curación milagrosa o una revolución política o el alimento que perece. Igualmente, conocieron que los puestos al lado de Jesús en el reino de los cielos los concede el Padre, mientras el Maestro invita a beber su mismo cáliz (cf. Mt 20,23). Ayer como hoy. Hoy como ayer. Sin duda, Jesús nos mira más allá de nuestros delirios y debilidades, habla con su pueblo revelándose a todos, nos cautiva con enseñanzas elevadas y exigentes reservadas, no obstante, para los pequeños y humildes de corazón (cf. Lc 10,21).

Solemos desazonarnos por la experiencia de decrecimiento, de cambio hacia la minoridad, de pérdida de relevancia social. La desazón es consecuencia de una mirada alejada de la fe, de una casi inconsciente instalación en la queja estéril o de la comodidad fruto de inercias y rutinas. También puede estar fundada en

una mundanidad espiritual de apariencia religiosa que busca la gloria humana y el bienestar personal o del grupo de pertenencia, en lugar de buscar la gloria de Dios y el anuncio del Reino (cf. EG 93). Podéis encontrar más causas.

Como conoceréis, pues se publicó hace tiempo, Joseph Ratzinger describió una situación como la que estamos viviendo, haciendo hincapié en el resurgimiento de la Iglesia, en un nuevo comienzo. Si bien el teólogo no es adivino, sus palabras nos ayudan a vislumbrar lo que Dios quiere hoy de los bautizados y de su Iglesia; nos ayudan a leer con fe y esperanza el signo de la minoridad. Ratzinger afirma que, aunque todo parezca perdido, en la fase más dramática de la crisis, la Iglesia renacerá, debiendo empezar completamente de nuevo. Será una Iglesia pobre, pequeña y de los pequeños, que perderá privilegios y poder. «Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros». En estos cambios la Iglesia habrá de encontrar y anunciar lo que es esencial: la fe en el Dios trinitario. Tras un proceso difícil, largo y penoso, brotará con fuerza una Iglesia interiorizada y simplificada, «y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte»¹.

Sin entrar en valoraciones sobre si estamos o no en el momento más fuerte de la crisis, sí tenemos razones suficientes para actualizar e incrementar nuestra

1 Cf. JOSEPH RATZINGER, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, pp. 104-106

corresponsabilidad, poniendo pasión y esperanza en la edificación y renovación de la Iglesia y procurando superar los miedos paralizantes a través de la audacia y la generosidad que el Señor concede a sus amigos mientras duermen, pues Él es quien construye la casa (cf. Sal 127,1-2) y nos guiará por el camino verdadero. Nosotros hoy, a la luz del Espíritu Santo, queremos edificar una Iglesia sinodal que nada ha de temer siendo «pequeño rebaño» de comunión fraterna, evangelización misionera y misión samaritana.

1. Iglesia sinodal

El camino sinodal que estamos recorriendo en la Iglesia universal ha señalado algunas convicciones que se nos invita a reconocer. Son signos distintivos de una Iglesia sinodal que podrán clarificarse un poco más a la luz de la Asamblea general de octubre de 2023 y los pasos posteriores. Voy a traer aquí algunos de dichos signos y los ecos que pueden generar en nuestra diócesis.

El primero y fundamental es el reconocimiento de la dignidad común que deriva del bautismo y que constituye la base de la corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, manifestada en la participación de todos, con la diversidad y riqueza que el Espíritu suscita. El bautismo es, a su vez, signo de una comunión que es también misión. La comunión fraterna es un reto que tenemos ante nosotros. Ahondar en nuestra dignidad común de bautizados ha de ayudarnos a afrontar el desafío que supone conocer y construir la unidad mirando más allá del "individualismo religioso" y de nuestra legítima y leal pertenencia a nuestra parroquia, movimiento, cofradía, instituto de vida consagrada, colegio, asociación religiosa, grupo, etc.

Una segunda característica distintiva es que nuestras estructuras, instituciones y procedimientos sean cada vez más sinodales, permitiéndonos ejercer la dignidad bautismal corresponsablemente bajo el fecundo signo de la escucha. Escucha del Espíritu Santo por medio de la Palabra. Escucha de los acontecimientos. Escucha entre las personas bautizadas y entre las comunidades cristianas. Tal y como el Señor Jesús lo

hace en tantos pasajes evangélicos en que se detiene a escuchar a las personas que encuentra. Necesitamos escuchar más antes de hablar. Caemos con frecuencia en la tentación de hablar y de decir a los demás lo que tienen que hacer sin escucharlos previamente. Incluso nos atrevemos a decirle a Dios lo que debería hacer en lugar de escuchar su voz en la Palabra, en los acontecimientos y en las personas. Una “buena escucha” nos hace más sinodales.

Esta escucha ha de tener un reflejo en las estructuras, instituciones y procedimientos que prestan un servicio de autoridad en la Iglesia; un don que ha de configurarse cada vez más con el modelo del lavatorio en la última cena del Señor. Quienes hemos recibido la encomienda del servicio de la autoridad debemos encontrar la grandeza del gesto de Jesús en el lavatorio como inspirador de nuestro servicio, mientras pedimos a los demás que colaboren constructivamente con nosotros, “se dejen lavar los pies” y todos tengamos el coraje de “lavarnos los pies” los unos a los otros “por amor” (cf. Jn 13,4-14).

Estamos llamados a consultarnos, deliberar y discernir sin pretender la imposición de visiones parciales o personalistas y procurando la cercanía, el diálogo, el discernimiento en clima de oración, con el consiguiente compromiso de aceptar los consensos o acuerdos logrados. Queda a salvo siempre la palabra o decisión que pueda dirimir cuestiones en las que no se alcancen o sean posibles dichos consensos o acuerdos. Por supuesto, quien ejerce el servicio de la autoridad deberá escuchar a cuantos se vean afectados por las cuestio-

nes que se traten, como ya se indica que hemos de hacer actualmente.

En su discurso con motivo del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, el papa Francisco nos recordó este axioma de la Iglesia del primer milenio: "Lo que afecta a todos, debe ser tratado por todos" [«*Quod omnes tangit ab omnibus tractari debet*»²].

Un tercer signo es la humildad. Además de ser una valiosa virtud cristiana desde siempre, la ejerce hoy la Iglesia reconociendo que ha de pedir perdón y debe seguir aprendiendo. Pedir perdón dignifica. Pedir perdón por los abusos sexuales, económicos, de poder y de conciencia permite que la Iglesia sane y se renueve bajo la acción del Espíritu Santo, abriendo caminos de desagravio, reconciliación, sanación y justicia. En este sentido, el proyecto *Repara León* quiere ser un ámbito de crecimiento en la humildad y en la dignidad desde un campo lacerante y necesitado de reparación, prevención, cuidado y atención tanto a víctimas como a victimarios.

El cuarto signo característico de la sinodalidad es el del encuentro y el diálogo entre los bautizados, con otras comunidades parroquiales y con otras diócesis, especialmente de la Provincia Eclesiástica de Oviedo, a la que pertenecemos, y de la Iglesia que peregrina en Castilla y León. Pero también tenemos en León una rica andadura de encuentro y diálogo con cristianos de otras confesiones y creyentes de otras religiones.

(2) Cf. PAPA FRANCISCO, *Discurso en la conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*, 2015

En todos los casos, el encuentro y el diálogo de una Iglesia sinodal promueve el paso del “yo” al “nosotros”, haciendo resonar «la llamada a ser miembros de un cuerpo que valora la diversidad, pero que es hecho uno por el único Espíritu»³. Para avanzar en este cambio eclesial, comunitario, sinodal, es preciso que nos hagamos conscientes tanto del uso del “yo” personal como del “yo” grupal al que pertenecemos, que deben ir menguando, de forma que lleguemos a pronunciar, sentir y practicar, con firmeza y gusto, el “nosotros” eclesial siempre abierto, creciente y libre de autorreferencialidad.

Un quinto signo peculiar es la apertura y acogida a todos. Recordaréis que el papa Francisco lo afirmó en la JMJ de Lisboa, evocando el pasaje del Evangelio de Mateo en el que los invitados del rey no van al banquete de bodas de su hijo y el padre pide a los criados que salgan a los caminos y lleven a todos los que encuentren al banquete (cf. Mt 22, 1-14). Allí están convocados y asisten sanos, enfermos, justos y pecadores. El Papa afirma que la acogida a todos ha de ser de tal modo que no pongamos aduanas en la Iglesia⁴. Este signo muestra una Iglesia sinodal misionera, volcada hacia fuera y ofreciendo a todos que se puedan sentir acogidos en ella. Nuestra diócesis ha de responder a esta llamada de abrazar a todos como Jesús nos enseña a hacerlo, y con la unidad y la fuerza de quienes se suman a esta respuesta evangélica y evangelizadora «realizando la verdad en el amor» (Ef 4,15).

(3) SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *XVI Asamblea General del Sínodo. Instrumentum Laboris 1ª Sesión*, Roma 2023, n. 25

(4) Cf. PAPA FRANCISCO, *Discurso en la ceremonia de acogida*, JMJ Lisboa, “Colina do Encontro”, 3.08.2023

El sexto signo propio de una Iglesia sinodal que debemos cuidar, como se ha manifestado en muchos grupos sinodales de distintas edades en nuestra diócesis, es el de la liturgia, especialmente la celebración de la Eucaristía. El *Instrumentum Laboris* lo recoge de este modo: «Una Iglesia sinodal se alimenta incesantemente del misterio que celebra en la liturgia, “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y [...] fuente de donde mana toda su fuerza” (SC 10), y en particular de la Eucaristía»⁵.

A todos nos incumbe esmerarnos en el cuidado y la mejora de las celebraciones litúrgicas —especialmente la Eucaristía— desde las diferentes responsabilidades en su preparación y desarrollo, para que haya una participación satisfactoria y una enriquecedora vivencia y acogida del misterio de Dios que celebramos en la Iglesia. No debemos esperar más. Está en nuestras manos comenzar ya a mejorar.

En séptimo lugar, un signo destacado para una Iglesia sinodal es que sea una Iglesia del discernimiento, siempre atenta a las mociones del Espíritu de Dios. Él nos habla por medio de los hermanos y a ellos a través de nosotros. En nuestras reuniones cada vez hemos de tener más en cuenta la presencia de Dios, de modo que aprendamos a escucharle iluminando nuestros diálogos y deliberaciones para acertar con lo que Él quiere. Una Iglesia de discernimiento desde la escucha en clave de fe y oración requiere paciencia, respeto, serenidad, sinceridad, confianza y valentía.

(5) SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *Ídem*, n. 30

Esta «Iglesia sinodal» que quiere crecer con los signos distintivos mencionados en este apartado, es la que debemos ir edificando los hijos e hijas de la diócesis de León en las actuales circunstancias, como valioso y fuerte **«pequeño rebaño»**⁶ pastoreado por Cristo, buen pastor, hermano de todos, buen samaritano.

(6) A partir de aquí, la expresión «pequeño rebaño» será equivalente a «Iglesia sinodal» en esta Carta.

2. «Pequeño rebaño» de comunión fraterna

Cuando pienso en la multiplicidad de personas, carismas, ministerios, servicios, sensibilidades espirituales y evangelizadoras, institutos, movimientos, asociaciones, cofradías, medios e iniciativas de nuestra Iglesia diocesana de León, no puedo sino dar gracias a Dios por tanto don, al mismo tiempo que pido al Señor que nos conceda descubrir y vivir la unidad y la comunión en esta rica diversidad.

Es fácil hablar de unidad y comunión, deseárselas, orarlas y proponerlas. Pero sigue siendo un desafío que hay que tomar más en serio y poner en práctica. Además del desconocimiento que a veces se da entre los miembros de la Iglesia, la realidad de la minoridad, que nos afecta a todos, debe hacernos recapacitar para que cada una de las realidades eclesiales se preste a expresar la comunión, cooperando todos cada vez más estrecha y eficazmente. En ocasiones, al lamentarnos porque “somos pocos y mayores” nos olvidamos de la posibilidad de unir fuerzas y nos encerramos en nuestra autorreferencialidad para continuar “igual que siempre”.

Cuando el Señor nos invita a no tener miedo, su ternura de buen pastor nos ayuda a movilizarnos para salir de nuestro pequeño círculo y reforzar la unión, la colaboración, la comunión. Se trata de cambiar la pretensión de aumentar a toda costa el número de personas en el propio grupo por la actitud de disponernos a reforzar a otros. El crecimiento se dará, aunque sea de un modo insospechado, no como imaginábamos.

Hasta ahora hay en nuestra diócesis algunas experiencias ricas y admirables de encuentros fraternos con personas de distintas parroquias, acompañadas por sacerdotes, diáconos, laicos y consagrados. Encuentros sencillos para compartir la vida y la fe que estrechan los lazos fraternos, aumentan el conocimiento de los participantes y los ayudan en su día a día a superar dificultades y alimentar hermosos anhelos.

A veces estos encuentros fraternos han servido de medio para responder a las consultas sinodales y a otras que han realizado las delegaciones y áreas de coordinación diocesana. Bien pueden ser fermento de comunidad cristiana al estilo de los primeros discípulos de Jesús, tal y como describe el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 2, 42-47), espejo de comunidad cristiana en el que debemos mirarnos más en estos tiempos para formar nuestras comunidades.

En algún caso, estos encuentros fraternos han dado lugar a compromisos personales serios con el apoyo comunitario, tales como la disponibilidad para moderar celebraciones dominicales y festivas en espera de presbítero. Algo que se viene haciendo en esta diócesis desde hace años por parte de personas consagradas y laicas, además de diáconos permanentes, y ha ido ampliándose para reunir al pueblo de Dios los domingos y festivos que no puede presidir la Eucaristía un presbítero en todas las parroquias que tiene encomendadas.

Además, sabemos que en estos momentos no se logra formar un grupo de cada área o realidad eclesial

en cada parroquia. De hecho, algo así no se ha dado nunca, pero sí ha habido más personas comprometidas y una mayor actividad en las parroquias. Hemos de aceptar la situación actual huyendo de lamentos, reaccionando con la esperanza de alumbrar cada vez más grupos e iniciativas con personas pertenecientes a distintas parroquias, incluso a distintas unidades pastorales, como es el caso de la pastoral juvenil de la diócesis, que se está articulando de este modo con el impulso de la JMJ 2023. Contando con la riqueza de jóvenes de parroquias, de cofradías, de movimientos, de órdenes y congregaciones religiosas, de colegios, de asociaciones diversas, podemos formar grupos de jóvenes que vivan la comunión fraterna de la diócesis de León y no antepongan lo particular a lo diocesano, sino que a través de lo particular enriquezcan lo diocesano.

En estas coordenadas de apuesta valiente y de suma de fuerzas, hemos de situar la opción por “facilitar encuentros fraternos”. Opción respaldada por la mayoría de los que habéis participado en la consulta de las delegaciones a los grupos, y convertida así en prioridad dentro de este ámbito de comunión fraterna para nuestro plan diocesano de pastoral.

El papa Francisco nos habla en *Fratelli tutti* de “vecindario”, describiendo un espíritu similar al que se ha vivido y vive en nuestros pueblos. Un espíritu que nos gusta y queremos mantener, porque nos hace más cercanos, más fraternos, «donde cada uno siente espontáneamente el deber de acompañar y ayudar al vecino. En estos lugares que conservan esos valores

comunitarios, se viven las relaciones de cercanía con notas de gratuidad, solidaridad y reciprocidad, a partir del sentido de un “nosotros”»⁷.

Con notas de gratuidad, solidaridad y reciprocidad, haciendo crecer el sentido del “nosotros” orante, comunitario y eclesial, la prioridad de “facilitar encuentros fraternos” ha de expresarse en todos los ámbitos, tanto en el celebrativo como en el formativo o caritativo, de modo formal o informal, programado o casual. Cuidemos la preparación, la espiritualidad, la acogida, los momentos previos y posteriores a cada encuentro, así como el contacto entre las personas interesadas y convocadas durante el tiempo que se espera el siguiente.

Tengamos bien presente la prioridad de “facilitar encuentros fraternos” para impulsarla todos y entre todos. En nuestras comunidades, movimientos, grupos, cofradías, colegios, asociaciones... procuremos la relevancia y la calidad de los encuentros fraternos. Hagámoslo igualmente con otros hombres y mujeres con los que convivimos a lo largo de la geografía diocesana y con quienes podemos encontrarnos también de manera cercana y hasta fraternalmente.

(7) PAPA FRANCISCO, *Fratelli tutti*, Roma, 2020, n. 152

3. «Pequeño rebaño» de evangelización misionera

La Iglesia existe para evangelizar y nace de la acción evangelizadora de Jesús y los Doce (cf. EN 14, 15). Todos los bautizados somos corresponsables de la evangelización misionera, que es acción sinodal, igual que la sinodalidad es característicamente misionera. Por consiguiente, necesitamos aumentar nuestra conciencia de pueblo de Dios evangelizador. Nadie evangeliza en solitario, ni es responsable único y último de la misión que se le ha encomendado y realiza enviado por el Señor y por la comunidad, la Iglesia. Jesús eligió a los Doce y a los setenta y dos con una llamada personal que requería la respuesta de cada uno, pero no los mandó de uno en uno, sino de dos en dos (cf. Mc 6,7; Lc 10,1).

Conviene que estemos atentos al Espíritu Santo para que no nos pueda la debilidad de vivir y evangelizar cada uno por nuestra cuenta, en solitario, o exclusivamente con algunas personas que coincidan con nosotros.

Necesitamos vernos juntos los más posibles, sentir y actuar unidos los miembros de la diócesis de León en los trabajos de la evangelización misionera, desde la diversidad de sensibilidades y planteamientos que debemos poner en común y coordinar diocesaneamente. Es un signo manifiesto de sinodalidad que hemos de incrementar.

La prioridad que ha obtenido mayor respaldo en la consulta de las delegaciones para este ámbito ha sido "evangelizar en primer anuncio". Se trata de un prisma

que se ha de concretar en cada dimensión o sector de la pastoral diocesana, más allá de los límites parroquiales, de unidades pastorales e incluso de los arciprestazgos.

En el apartado anterior, dije que debemos vivir sin lamentos y con esperanza el hecho de que no haya bastantes fieles para formar un grupo de cada realidad eclesial en cada parroquia. A ello es preciso añadir que tampoco hay animadores pastorales suficientes en todas. La vitalidad que tuvieron hace unas décadas hoy no es posible, por lo que es loable el mantenimiento actual de grupos, procesos catequéticos, animación litúrgica, coros, etc., así como el apoyo de cofradías, asociaciones, diversos compromisos comunitarios y la fidelidad de tantas personas que colaboran en lo que pueden y cuidan hermanos y hermanas, templos, locales y enseres.

“Evangelizar en primer anuncio”, tal y como lo define san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, es «revelar a Jesucristo y su Evangelio a los que no los conocen»⁸. San Pablo VI afirma que este anuncio va dirigido a quienes nunca han escuchado la Buena Nueva de Jesús o a los niños y reconoce que, a causa de la descristianización, es necesario «para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la

(8) SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 1975, n. 51

enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos»⁹.

El campo de acción es muy amplio para llegar a esas personas sencillas que necesitan conocer un poco más los fundamentos de su fe, a los intelectuales que pueden descubrir el deseo de conocer al Señor de un modo distinto a como se lo mostraron de niños, a quienes viven su fe sin mucho entusiasmo, a quienes se sintieron defraudados o excluidos y a otros muchos.

Tal y como puso de manifiesto el Congreso de Laicos “Pueblo de Dios en salida” del año 2020, podemos “evangelizar en primer anuncio” a las personas de nuestro entorno cotidiano, en el contexto de la preparación pre-sacramental, en el despertar religioso en las familias, a los adolescentes y jóvenes, a los universitarios, a quienes viven su fe a través de la religiosidad popular, a quienes experimentan situaciones límite en su vida por enfermedad, depresión, violencia, duelo, etc.

Por eso el papa Francisco asegura que el “primer anuncio” debe provocar un camino de formación y maduración, de tal modo que nadie se conforme con poco, pues todos necesitamos más y más de Cristo, hasta poder decir: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20) (cf. EG 160).

Conviene recordar que este “primer anuncio” es el primero en sentido cualitativo, pues, como afirma el Papa en *Evangelii gaudium*, es el «anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas ma-

(9) *Ibidem*, n. 52

neras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos»¹⁰. Por consiguiente, obispos, presbíteros, diáconos, seminaristas, personas consagradas y laicas —la Iglesia entera— debemos crecer en la conciencia de nuestra permanente necesidad de ser evangelizados.

No obstante, atender la continua necesidad de ser evangelizados no debe restringir el “primer anuncio” a quienes están en nuestros procesos catequéticos, grupos y celebraciones, ni debemos conformarnos con la formación permanente que ofrece la diócesis con esfuerzo y calidad a laicos, consagrados y clérigos. Conscientes de nuestra minoridad y liberándonos de la autorreferencialidad y de la motivación proselitista de aumentar el número de miembros de la Iglesia, es necesario entrar en contacto con otras personas y colectivos con los que entablar un diálogo, acercamiento, conocimiento y proceso para realizar este “primer anuncio”, buscando valores y ámbitos de coincidencia para proclamar el Evangelio y que Jesucristo sea conocido, pues es Él quien sacia toda sed.

En este sentido, el contenido social del *kerygma* nos ayudará a realizar proyectos pastorales sectoriales en los que anunciemos que «en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio

(10) PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 2013, n. 164

tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad»¹¹.

El papa Francisco señala en *Evangelii gaudium* la íntima conexión entre evangelización y promoción humana, como se ha procurado siempre en la tarea evangelizadora a lo largo de la historia de la Iglesia. Así, la acogida del primer anuncio, que tiene una repercusión moral poniendo el centro en la caridad, supone aceptar la invitación a dejarse amar por Dios y amarlo con su mismo amor, con la ineludible consecuencia de «desear, buscar y cuidar el bien de los demás»¹² como acontece en las experiencias que se compartieron en el Congreso de Laicos “Pueblo de Dios en salida”.

La consecuencia del amor fraterno fruto de la acogida del *kerygma* se manifiesta en las Escrituras, donde descubrimos el Evangelio de la fraternidad y la justicia, y la prolongación de la Encarnación en cada hermano: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40)¹³.

Recordemos que el anuncio del Evangelio no debe excluir a nadie, como tampoco se puede imponer, sino que debe ofrecerse —dice el papa Francisco— «como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”»¹⁴.

(11) IBIDEM, N. 177

(12) IBIDEM, N. 178

(13) Cf. Ibidem, nn. 178-179

(14) Ibidem, n. 14

Hemos de saber desarrollar bien los métodos y las experiencias de "primer anuncio" en las distintas etapas o momentos del proceso de los destinatarios, de modo que nadie se quede en los medios, instituciones, planes o reglamentos, sino que llegue a conocer mejor o por primera vez al Señor.

Conscientes de que hemos sido llamados a evangelizar a tiempo y a destiempo y libres de la obsesión por el número de los que somos o querríamos ser, tengamos presente la necesidad, conveniencia y fuerza de "evangelizar en primer anuncio". Que nos sirva tanto para profundizar nuestro conocimiento del *kerygma* como para anunciarlo y aceptar la buena noticia del mayor plan de cuidado y salvación de la humanidad: el Reino de Dios.

4. «Pequeño rebaño» de misión samaritana

Un signo destacado de sinodalidad y de autenticidad del mensaje cristiano es la mirada personal y comunitaria, sostenida, caritativa y solidaria hacia las periferias y cunetas de nuestro mundo, en las que descubrimos a los más vulnerables, con quienes compartimos vulnerabilidades.

Si la sinodalidad es misionera, como ya hemos recordado y leemos en el *Instrumentum Laboris* de la próxima XVI Asamblea General del Sínodo¹⁵, también podemos afirmar que la misión samaritana de la Iglesia es sinodal y la sinodalidad tiene vocación samaritana y misericordiosa.

La minoridad que estamos experimentando nos debe ayudar a ser Iglesia pobre cercana a los pobres, que decide con arrojo adelantarse a brindar a todos la misericordia y la compasión del Señor «tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo»¹⁶.

El “pequeño rebaño” cuidado por el buen pastor no solo no ha de temer, sino que será más fuerte, profético y esperanzado si es cada vez más «el lugar para la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»¹⁷.

De este modo, además, quienes nos sentimos alentados a vivir la “vida buena del Evangelio” podremos

(15) Cf. SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *XVI Asamblea General del Sínodo. Instrumentum Laboris 1ª Sesión*, 2023, B 2.1

(16) PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 2013, n. 24

(17) *Ibidem*, n. 114

contagiar este aliento a otros dando razones, esperanzas y testimonios para vivir una vida plena, digna y feliz desde la concepción hasta la muerte. Es un proyecto vital, con esfuerzos y logros, orientado hacia la plenitud humana a la que nos conduce Jesucristo.

Nuestro compromiso a favor de la vida ha de provocar también que, en el proceso de asumir nuestras debilidades, no dejemos de abrazar la vía de la humildad que lleva a las cunetas de los apaleados de este mundo. Algo que hemos de llevar a cabo de muchos modos, empezando por sanar las heridas que hemos causado nosotros, con más empeño aún del que ponemos para curar las que sufrimos.

Nuestra diócesis de León ha de ser familia de Dios que extienda sus fronteras, comparta sus debilidades y fortalezas, sane a los heridos que encuentre y coopere en la restauración de la dignidad de cada persona (cf. FT 62).

Precisamente la prioridad de este ámbito que ha recibido un mayor respaldo de cuantos han respondido ha sido "impulsar la relación de ayuda que dignifique". Las nuevas relaciones que Jesús hace surgir entre sus seguidores nos llevan a reconocer que toda persona es valiosa, digna, grata, bella, «más allá de las apariencias físicas o morales. El amor al otro por ser quien es nos mueve a buscar lo mejor para su vida»¹⁸.

Estamos seguros de que la relación que más dignidad puede dar a la persona humana es la que Jesucristo

(18) PAPA FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 2020, n. 94

otorga a quien se encuentra con Él, por quien conocemos al Padre en el Espíritu Santo que se nos ha dado. Desde la relación con Él, Jesús nos muestra cómo hemos de relacionarnos con los demás y cómo podemos “impulsar la relación de ayuda que dignifique”.

El ideal que Cristo vivo ofrece hace que dicha relación de ayuda sea fraternal, solidaria, empática, sanadora, generadora de confianza, abierta, libre, liberadora, capaz de descubrir la grandeza del otro y a Dios en cada ser humano. Una relación que cuida con esmero la creación de Dios, casa común llena de vida, pero necesitada de curación, de paz y de armonía.

Con una “relación de ayuda que dignifique” de este modo, siendo “pequeño rebaño”, estaremos construyendo comunidades y diócesis que sean sal de la tierra y luz del mundo (cf. EG 92). Nuestra fortaleza para ayudar a los demás no está en el número, sino en ser significativamente samaritanos viviendo de cara al dolor sin evitarlo, para asumirlo, interiorizarlo y luchar para que desaparezca.

“Impulsar la relación de ayuda que dignifique” a quienes están heridos, tal y como nos propone desarrollar Jesús en el encuentro sincero con Él, es actuar como el buen samaritano.

Así seremos Iglesia que hace propia la vulnerabilidad ajena, levantando y rehabilitando al caído, contando con su necesaria disposición a ponerse en pie y curarse más allá de toda autocompasión destructiva. Vayamos y hagamos lo mismo que Jesús, buen pastor y buen samaritano.

5. «Pequeño rebaño» heredero del Reino

«No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino» (Lc 12,32) es el versículo treinta y dos completo del capítulo doce del evangelio de Lucas.

Tenemos razones suficientes para vivir caminando juntos, sin temor, asumiendo la minoridad. Por una parte, la que avanza en nuestros pueblos, cada vez con menos habitantes habituales, y, por tanto, en nuestras parroquias rurales. Por otra parte, la que experimentamos en el porcentaje de participación en nuestras actividades eclesiales. Los números nos ayudan a conocer la realidad, pero no son el único factor que consideramos para decidir cómo ser y obrar en cada momento de la historia.

Sepamos escuchar a Jesús, el buen pastor, cuando nos dice estas palabras con su corazón conmovido, con ternura y preocupación: «No temas, pequeño rebaño» (Lc 12,32). Palabras que nos invitan a ser levadura, sal y luz. No podemos quedarnos paralizados o desorientados por los miedos, ni caer en la tentación de añorar una Iglesia poderosa según los criterios de este mundo, porque el poder de Jesús es el del Reino de Dios.

El Señor nos ha confiado el proyecto del Reino. Es un gran regalo, un precioso don, una "dulce tarea", nunca una carga pesada, aunque no esté exenta de dificultades y sacrificios. Sigamos la lógica de Cristo, que trastoca la humana: una gran misión para un pequeño rebaño, una mies abundante para unos pocos obreros.

No tengamos miedo de ser pocos, ni esperemos a ser “más” para continuar evangelizando en estas tierras de tantos siglos de fe cristiana e Iglesia. Sabemos que el hombre y la mujer de hoy tienen hambre y sed de Dios y buscan saciarse por muchos caminos. La Iglesia que formamos los diocesanos de León tiene el feliz trabajo evangélico de anunciar a Jesucristo, alimento de vida y agua de salvación¹⁹, y de continuar su designio: el Reino. El Señor Jesús es la vida que anunciamos y Él nos invita a construir el Reino de la Vida.

Para contribuir en este momento de la historia al desarrollo del proyecto del Reino de Dios, hemos elegido —con la participación de un buen número de diocesanos, como ya he comentado— tres prioridades que pretendemos vayan calando como lluvia fina en nuestras mentes y nuestros corazones a modo de un “Plan Diocesano de Pastoral” para los próximos cuatro años. Las recuerdo ahora:

1. Facilitar encuentros fraternos.
2. Evangelizar en primer anuncio.
3. Impulsar la relación de ayuda que dignifique.

Las tres prioridades han de estar presentes en todos los ámbitos y actividades de cada realidad eclesial de la diócesis. Al mismo tiempo, debemos elaborar los proyectos pastorales necesarios en cada sector y ac-

(19) Afirma san Columbano: «Uno mismo es el pan y la fuente: el Hijo único, nuestro Dios y Señor Jesucristo, de quien siempre hemos de tener hambre» (SAN COLUMBANO, ABAD, *Instrucción 13, sobre Cristo, fuente de vida*, 1-2: Opera, Dublín 1957, pp. 116-118).

ción pastoral y eclesial de comunión fraterna, evangelización misionera y misión samaritana.

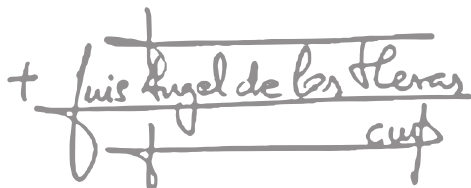
Que cada diocesano pueda escuchar las palabras que nos dirige Jesús a todos juntos con la ternura y el cariño del buen pastor: "No temas, pequeño rebaño que peregrina en la diócesis de León".

Respondamos unidos, dispuestos a darlo todo, afrontando las necesidades de vida y dignidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y entorno, siendo generosos en limosna, es decir, en misericordia.

Que la Virgen del Camino y san Froilán nos ayuden a escuchar y comprender a Cristo vivo y glorioso, buen pastor que disipa las sombras que nos acechan, acompaña y cuida siempre a los peregrinos de este pueblo del Camino.

León, 15 de septiembre de 2023

***Solemnidad de la Bienaventurada
Virgen María de los Dolores
bajo la advocación del Camino***

A handwritten signature in black ink, reading "Luis Ángel de las Heras Berzal" with a cross symbol to the left. The signature is written over two horizontal lines.

✠ Luis Ángel de las Heras Berzal, CMF
Obispo de León

CONTIGO NADA HEMOS DE TEMER

**Cristo, buen pastor,
aquí nos tienes,
discípulos misioneros tuyos,
pueblo del camino
que peregrina en León;
dispuestos a dejarnos mirar por ti
y a oír tu voz.**

**Somos «pequeño rebaño»
para una misión inabarcable;
pocos obreros
para una mies abundante.**

Muchas veces estamos desconcertados.

Tú lo sabes, Señor.

**Pero cuando encontramos tu mirada
y escuchamos juntos tu voz,
hallamos calma y coraje
para continuar el camino;
para encontrarnos
con hermanos y hermanas,
nunca extraños;
para anunciar tu nombre,
Hijo del Padre y Señor en el Espíritu;
para ayudar a recobrar la dignidad
a quienes parecieran haberla perdido.**

**Gracias, Jesús,
buen pastor;
hermano de todos,
buen samaritano.**

**Gracias por dirigirnos tu voz;
por mirarnos y esperanzarnos.
Nada tememos yendo contigo, Señor.**

Amén.